

NUESTRAS INFORMACIONES

RENTERIA EN LA LEYENDA Y EN LA HISTORIA

Autotipia y otras yerbas.-La dinastía de los «Lukainkas».-Una «pimienta», unos alpargatazos y una penitencia por ir a Rentería.-Repartidor de pan y... etc.-Dos renterianos en Burdeos.-La coalición liberal, Picavea y dos «lukainkas» frente a frente.-Con algo de lo que ocurrió en Oyarzun.

(Primera de las crónicas que con el título de *Rentería en la leyenda y en la historia*, me propingo escribir para pasar el tiempo, y en las que se hablará, entre otras cosas, de varios curiosos tipos judiciales; de Jangocho-chiki, el Guipuscomo moro; de los fantásticos renterianos; de algunas anécdotas de la guerra barba; de los astilleros de Rentería y de sus grandes soldados y marineros).

I

Si en el barrio de San Martín tenía yo puestos todos mis afectos, un cambio en Rentería tenía puesta mi mayor curiosidad. Queda ésta justificada con decir que nací en la calle de Santa Clara de la villa en que nació el egregio y bravo Zamáñide. A los tres meses lleváronme a Irún y luego a San Martín. A medida de mi crecimiento, sobre todo cuando apechugué, allá en América, con la historia de Guipúzcoa, sentía vehementes anhelos de penetrar en el alm. de la villa, en el seno espiritual de mi tierra nativa y, más que mía, de mis mayores. Anhelos perfectamente explicables por lo justos. Y no voyais a figuraros que tuviese yo motivos personales de cariño hacia la villa. Sabía que al nacer, fué difícil encontrar para mí un hombre que prohibiera mi bautizo... ¿Puede darse sombra más perra que la mía al venir a este mundo? Con razón ha dicho uno de nuestros clásicos que el peor delito es el de haber nacido. ¡Oh, si yo hubiese sido supersterioso!... Si yo hubiese sido supersticioso habría interpretado el caso como un signo fatal para el resto de mis días. Y si es cierto que casi siempre se me ha mostrado la Vida inflexible y cefuda, yo no lo he atribuido a designios ocultos ni a sinos fatales e indelebles. Por ello, cuando las cosas se me presentaban mal, aflaba la voluntad hasta vencerlas y darlas vueltas en el sentido de lo mejor, alcanzando, al fin, mis propósitos. Que es verdad, por lo menos en gran parte, que «querer es poder...»

Es Rentería cuna de algunas familias linajudas en el aspecto substancial e histórico de la heráldica. Paréceme exosado adelantarnos la noticia de que mi árbol genealógico no tuvo con las casas solariegas y con la nobleza lugareña otra vinculación y otra juntura que las de la pura y amigable vecindad. Ni asomo de parentela con duques, condes y marqueses, sueño dorado de cuanto idiota, enriquecido o no enriquecido, anda por ahí buscando para su «postín» el cordón umbilical de la Grandeza. Sin embargo, yo pertenezco a una dinastía... ¡Eh! A una dinastía que fundó mi abuelo, o mejor dicho, un amigo de mi abuelo, en las circunstancias solemnes que voy a relatar.

Hace cerca de 100 años, refían dos individuos frente a una sidrería de Beko-kalea (calle de Abajo). Uno de los contendientes era gordo y fuerte; el otro, flaco y ágil. El gordo, temible por sus puños, trataba de asir al flaco para deshacerlo a puñetazos. Pero el flaco se le escabullía dando brinco y haciendo contorsiones. Hacía ya un cuarto de hora que los dos hombres luchaban ante veinte o treinta espectadores, entre los cuales hallábase

mi abuelo. Admirado éste de la agilidad y destreza del contendiente flaco, exclamó:

—¡Lukainka diruril! ¡Demonio Lukainka! Es decir, «Parece una longaniza».

Y he ahí, «ipso facto», creada la dinastía de mi abuelo, a quien, desde entonces, le llamaron «Lukainka». Y sus hijos fueron «Lukainka-nekuak». Y «Lukainka-nekuak» somos sus nietos y son sus biznietos ante el juicio inapelable del pueblo. ¡Los «Lukainkas»! Gente andariego e intrépida. Mi tío Esteban, aporreador por temperamento hasta ser escarmentado a fuerza de recibir porrazos, ha pasado el Bósforo, ha vivido en Islandia, conoce Londres, Buenos Aires, el estrecho de Behring, Terranova... Ahora vive pacíficamente en la villa. Mi hermano Justo, después de recorrer España, ha vivido en Nueva York, en California, en Cardiff. Fué torpedeado por los alemanes. Hoy vive, hecho un burguesito en Santurce. Hace la barba a los parroquianos; fuma desesperadamente; alterna el cigarro con algún copetín y cuenta historietas espeluznantes de dolor y de tristeza... He dicho que ante el juicio del pueblo, los hijos, nietos y biznietos de mi abuelo somos «Lukainkas»: es el veredicto popular quien lo proclama. Veredicto que no se plasma en la imprenta, que no se incorpora a los archivos oficiales de la villa, pero que la memoria del pueblo conserva y que su lengua trasmite a través de todas las generaciones y por los siglos de los siglos. En Rentería, como en todos nuestros pueblos, son numerosas, las familias que deben su inmortalidad a un apodo aplicado certeramente por el instinto filosófico y sentencioso de las gentes. Nosotros, gracias a «Lukainka», génesis de nuestra noble genealogía, somos inmortales en la leyenda de la villa. Soy, pues, hijodalgo por derecho natural y por tácito reconocimiento del fuero guipuzcoano y perteneczo, por público consenso, a la linajuda aristocracia de la longaniza. Otros pertenecen a la aristocracia del «farró»; otros, a la del bacalao. Yo, me quedo con la mía. Y jactome de mi estirpe porque don Nicolás Urrutia, mi gran abuelo, era aunque carlista un hombre honrado. Y jactome, además, porque tengo por entendido que las verdaderas ventajas personales, tales como un gran corazón, un gran talento, una sensibilidad exquisita, una predisposición de ánimo a la justicia y al bien son, —a todas las ventajas del rango y del nacimiento, aunque éste sea real—, lo que los verdaderos reyes son a los reyes del teatro. Entre éstos se reparten los

papeles —ha escrito Schopenhauer— y unos hacen de reyes, otros de general, tal otro de ministro; pero esas son solamente diferencias aparentes, pues en lo interior el mismo sér está forrado en todos, a saber: un pobre comediante lleno de cuidados y miserias. Mi bisabuelo y mi tatarabuelo fueron labradores. Y aquí para mí capote aquello de Don Quijote a Sancho: «—Haz gala, Sancho amigo, de la humildad de tu linaje y no te desprecies de decir que vienes de labradores...». Y este otro de Rabelais: «—La mayor tortura del mundo es imaginarse que hay astros para los reyes, papas y pederosos, más bien que para los pobres y dolientes. Teniendo, pues, por cierto que los astros se cuidan tan poco de los reyes como de los mendigos, dejaré a otros que hablen de los reyes y de los ricos, en tanto que yo me ocuparé de las gentes de humilde condición».

Y vamos tirando...

Desde muy niño, Rentería me «tiraba». Jamás faltaba a las fiestas de la Magdalena. Muchos domingos, por la mañana, iba a la villa por escuchar en el mercado, a los «versolaris», que cantaban frente a la fuente de tres grifos ya desaparecida. Algunas tardes de refrescamana, previa «pimienta» escolar, iba con el fin de pasarla entre los chicos renterianos, con los que cambiábamos muy a menudo «chuletas» y trompadas. A la vuelta, esos muchachos nos corrían a pedrara limpia.

El 12 de Octubre de 1907 daba yo una conferencia en Tres Arroyos, República Argentina. Antes de comenzar la disertación se me arrimó un mozo gordínflón, con boñaca de vasco. Durante mi disertación, sentado en una silla próxima al gordínflón aplaudía, a veces solo... Cuando terminé se levantó y me dijo:

—Oye, Evaristo, ¿tú no eres de Rentería?

—Sí, hombre.

—¿Y no te acuerdas de mí?

—Me parece conocerte.

—¡Claro que me conoces! ¿No te acuerdas de aquella vez que os corrimos a pedradas hasta los Capuchinos?

—Me acuerdo, ¿cómo no!

—Pues yo era uno de ellos. Yo soy «Chaviel»... Gabriel Urbieto.

—Oye, «Chaviel», ya que has hablado de aquella vez que nos corristeis, te diré que vosotros érais 8 y nosotros, tres...!

—Sí, pero los de San Martín érais muy malos...

Una vez, por ir a Rentería hicimos «pimienta» mi hermano y yo. A la vuelta, nos pusimos a comer moras cerca del túnel de Herrera. Nos pintamos la cara con la tinta de las moras, y hacíamos, en son de burla, «pito catalán» a los que pasaban en los tranvías.

Enterada mi madre del asunto, paliza al canto: alpargatazo va y alpargatazo viene; que ya mi cuerpo, habituado a ello, resistía fácilmente los puñetazos y las bofetadas. Estaba «entrenado» para eso mejor que Dempsey.

Al día siguiente, al ir a la escuela, don Enrique Martín me llamó a lección especial ante la clase. Precisamente la lección

de la tarde anterior. Tratábase de una operación de aritmética. Yo, frente a la pizarra, daba vueltas al caletro inútilmente. Borraba un número, volvía a hacerlo, volvía a borrarlo y total, nada. Cero mata a cero. Hasta que se acabó la paciencia del maestro.

—¿Dónde estuviste ayer?— me preguntó don Enrique.

—Ayudando a mi madre.

—Te pregunto dónde estuviste ayer...

Y como me mirase con esa severidad penetrante tan característica en él, bajé la cabeza y me callé. ¡Estaba en el garlito!

—¿Qué «haçafais» en Ategorrieta?... —tornó a preguntarme.

—No estuvimos en Ategorrieta... —me atreví a responder.

Ya no aguantó más, y con razón, don Enrique. Penitencia por «pimentero» y por embustero, y más por esto que por aquello.

¡Todó por ir a Rentería!

Veinticinco años después de esta anécdota, le he preguntado a don Enrique cómo se había enterado de nuestras andanzas.

—¡Toma, porque os ví yo, desde el tranvía, y os reconocí por vuestros blusones largos!

En efecto, nuestra mejor indumentaria en aquellos buenos tiempos eran unos blusones azules que nos llegaban hasta los tobillos, con dos bolsillos a los costados y los botones al hombro. Pero que conste que no nos limpiábamos las narices con la manga: ¡pobres, pero limpios!

Desde los doce a los catorce años visité diariamente Rentería, en invierno y en verano, repartiendo pan en un coche de la Panadería Francesa. Desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche trabajaba yo, domingos y fiestas de guardar inclusive, por dos reales de sueldo al día, y un bollo de pan por la mañana y otro por la tarde. ¡Generosa esplendidez la de don José Schneider! ¡Tiempos aquellos!... En compañía de una buena mujer llamada Anastasia — hoy portera de Prim, número 15— y después de Juliana Mendizabal — hoy tocitera en el mercado viejo— hacía mi viaje cotidiano a Rentería. Terminado el reparto, pasábamos «en lo de Mateo», a calentar el estómago con un poco de leche, cuyo importe se pagaba con las pocas propinas de algunos clientes generosos. Allí lefamos, de paso, LA VOZ DE GUIPUZCOA, que nos la vendía un personaje célebre: «Patharra», así llamado por su impenitente afición al copetín. En cada taberna tomaba una copa de «patharra». Decía que era para «templar» la garganta.

Una vez, en Pasajes Ancho, volcó el carricoche, hiriéndose Anastasia y otro chico de la panadería. Yo salí ileso. Para cuando regresamos, don José Schneider tuvo por teléfono noticias de la casi catástrofe, y salió a nuestro encuentro. Evidentemente, hasta el puente de Santa Catalina. Al vernos llegar, conducidos por el mismo caballo, más viejo que Matusalén, con, que habíamos salido al reparto, don José exclamó nerviosamente:

—¿Se ha herido el caballo? ¿Tiene algo el caballo? ¿Le ha pasado algo al caballo? ¿No le ha pasado nada al caballo?

—Nada, nada... —respondió Anastasia—. Nosotros estamos heridos.

Don José se tranquilizó entonces. Al pobre Matusalén no le había pasado nada... En cuanto a los heridos, podían haberse muerto...

Ya en la época de Voltaire, una dama ilustre, en presencia de numerosos hombres que se morían de hambre, tuvo la humanitaria idea de fundar una sociedad protectora de animales. Ya vé el señor Schneider cómo no está solo... en su amor por las bestias, aunque revienten los hombres.

Grandes descuentos
en Confecciones y Peletería fina
Martas : Renards argentés : S'Kungs, etc.
Avenida, 41, 1.º Maisón OLIVERAS
Se garantiza la legitimidad de los géneros